

# La teoría de la dependencia

## Balances y Perspectivas

Theotonio Dos Santos

PLAZA JANÉS

Madrid, 2002

ISBN: 950-644-032-8

Este material se utiliza con fines  
exclusivamente didácticos

---

## EL CUADRO TEÓRICO E HISTÓRICO DE LA TEORÍA DEL DESARROLLO

La URSS, heredera del imperio ruso, que fuera invadido tres veces (por Napoleón, por Alemania durante la Primera Guerra Mundial y por la ocupación nazi durante la Segunda Guerra), salió de la Segunda Guerra con una vasta zona bajo ocupación, la cual procuró consolidar a través de regímenes aliados de corte ideológico que protegiesen su frente occidental. Estos fueron, sin embargo, implantados improvisadamente y sin respaldo social suficiente. Ello llevaría a una sucesión de graves crisis (Berlín, Hungría, Polonia). Las oposiciones a los gobiernos de Europa Central contaban con apoyo externo significativo de varios orígenes. Esa inestabilidad era reforzada por la intensificación de la guerra fría. Ésta era una estrategia de confrontación global establecida por Estados Unidos e Inglaterra contra la URSS y sus posibles aliados, con base en una doctrina de "contención" de una supuesta *expansión soviética*. De hecho, la guerra fría fue implantada por Estados Unidos para consolidar su hegemonía sobre el llamado mundo occidental. Sus efectos fueron, sin embargo, extremadamente negativos para la URSS y los demás países que implantaron economías y Estados socialistas. Acosados por fuerzas materiales e ideológicas extremadamente superiores, estos países intentaron presentar sus experiencias históricas de transición al socialismo como modelos de una sociedad, una economía y un mundo cultural postcapitalista —modelos rígidos que intentaban transformar en leyes generales de la evolución—

La crisis del colonialismo, iniciada en la Primera Guerra Mundial profundizada después de la Segunda Guerra Mundial, colocaría en discusión algunas de esas interpretaciones de la evolución histórica. La derrota nazi imponía un total rechazo de la tesis de excepcionalidad europea y superioridad racial. La modernidad debería ser encarada fundamentalmente como un fenómeno universal, un estadio social que todos los nuevos pueblos deberían alcanzar, pues correspondía al pleno desarrollo de la sociedad democrática que una parte de los victoriosos identificaban con el liberalismo norteamericano e inglés, y otra parte, con el socialismo ruso (que se confundía con una versión que de éste hiciera el entonces intocable Josef Stalin, cuyo liderazgo, según se creía, garantizó la victoria de la URSS y los aliados).

Surge así una vasta literatura científica dedicada al análisis de estos temas, bajo el título general de "teoría del desarrollo". La característica principal de esta literatura era la concepción de desarrollo como la adopción de normas de comportamiento, actitudes y valores identificados con la racionalidad económica moderna, caracterizada por la búsqueda de la máxima productividad, la generación de ahorro y la creación de inversiones que llevasen a la acumulación permanente de los individuos y, en consecuencia, de cada sociedad nacional. Los pensadores que fundaron las ciencias sociales modernas habían identificado esas actitudes y comportamientos: Karl Marx, Emile Durheim y Max Weber, además de los economistas clásicos (Adam Smith y Ricardo) y sus seguidores (Stuart Mill). Sus continuadores neoclásicos establecerían teorías convergentes en ciertos aspectos, contradictorias en otros, sobre esa sociedad moderna y sobre los procesos que conducían a su implantación.

Durante el siglo XX, sociólogos como Talcott Parsons y Merton; antropólogos como Levy-Bruhl, Franz Boas y Herkovic; politólogos como Lipset, Almond y Apter diseñaron un modelo ideal más o menos coherente de las formas de comportamiento compatibles con esa sociedad moderna, y establecieron técnicas de verificación empírica más o menos desarrolladas para detectar el grado de modernización alcanzado por las sociedades concretas. La teoría del desarrollo buscó localizar los obstáculos a la plena implantación de la modernidad y definir los instrumentos de intervención capaces de alcanzar los resultados deseados en el sentido de aproximar cada sociedad existente a esa sociedad ideal. Por más que esas construcciones teóricas pretendiesen ser neutrales en términos de valores, y alardeasen de haber superado cualquier filosofía de la historia que buscase establecer un fin para, la humanidad, era imposible esconder la evidencia de que se consideraba a la sociedad moderna que naciera en Europa y se afirmara en Estados Unidos de América, como un ideal a alcanzar y una meta sociopolítica a conquistar. Era más o menos evidente, también, una aceptación tácita de que la instalación de esa sociedad era una necesidad histórica irrefutable.

Esto se evidenció aún más cuando se colocó la necesidad de proponer políticas coherentes de desarrollo que procurasen elevar a toda la población mundial al nivel alcanzado por los países desarrollados, que habían llegado a este estadio "superior" de organización social. En el área de la economía, autores como Singer, Lewis, Harrod, Domar y Nurske intentaron formalizar los comportamientos y políticas posibles y necesarios para alcanzar el desarrollo. Otros, más escépticos, y algunos hasta críticos, no dejaron de buscar los mismos resultados con métodos menos formales. Perroux, Haberler, Vines, Singer, Hirschmann y Myrdal no dejaron de pretender el mismo objetivo: elevar a las sociedades tradicionales, de comportamiento no

racional y valores comunitarios limitados, a la condición de sociedades modernas, racionales, universalistas, etc.

En la década de 1950, la teoría del desarrollo alcanzó su momento más radical, y al mismo tiempo más divulgado, a través de la obra de W. W. Rostow (1961). Él definió a todas las sociedades precapitalistas como tradicionales. Ese barbarismo histórico, que provocó la protesta de los historiadores serios, era necesario para resaltar los varios estadios del desarrollo que se iniciaría con el famoso *take off* el "despegue" del desarrollo que habría ocurrido en la Inglaterra de 1760, en los Estados Unidos post Guerra Civil, en la Alemania de Bismarck, en el Japón de la restauración Meiji, etcétera. La cuestión del desarrollo pasó a ser, de este modo, un modelo ideal de acciones económicas, sociales y políticas interrelacionadas, que ocurrirían en determinados países, siempre que se diesen las condiciones para su "despegue".

Su libro *The Process of Economics Growth* se consideraba un "manifiesto anticomunista" y no ocultaba su objetivo ideológico. Se trataba de demostrar que el inicio del desarrollo no dependía de un Estado revolucionario, como ocurrió en la URSS, y sí de un conjunto de medidas económicas tomadas por cualquier Estado nacional que asumiese una ideología desarrollista. En un libro posterior, menos divulgado, Rostow defendió la necesidad de que ese Estado desarrollista fuese fuerte, y sus trabajos como consultor de la CIA fueron una de las principales referencias de las políticas de golpes de Estado modernizadores practicadas en las décadas de 1960 y 1970, a partir del golpe brasileño de 1964.

El modelo de Rostow tenía un comienzo común, en la indiferenciada masa de economías y sociedades tradicionales, en la que él transformó los 6 mil años de historia de la civilización, y terminaba en la indiferenciada sociedad postindustrial, Era de la prosperidad a la cual reducía el futuro de la humanidad, tomando como ejemplo los años dorados del crecimiento económico norteamericano de la postguerra.

A pesar de su simplismo, este modelo prevalece en la cabeza de los científicos sociales contemporáneos. Continúa orientando investigaciones y proyectos de desarrollo, a pesar de que su punto de partida —la sociedad tradicional— se haya convertido en un cuerpo más diversificado, en razón de la expansión de la subjetividad de los pueblos descolonizados, y la idea de que la sociedad afluyente haya caído del pedestal después de los movimientos de masas de 1968. Tal vez ésta haya sido una de las intervenciones más fuertes y brutales de la ideología en el campo científico. Rostow no dejó de seguir las modas posteriores: en 1970 se adhirió al estudio de los ciclos largos de Kondratiev; en 1990 llamó la atención sobre la necesidad de retomar la temática del desarrollo a través de un método multidisciplinario que dé cuenta de esta problemática (véase Rostow 1978 y 1994). A pesar de ser más serias, aunque fallidas, estas obras jamás alcanzarán la difusión del manifiesto anticomunista de la década de 1950.

Pero los ataques de Rostow no dejaron de reconocer la importancia política, histórica, ideológica y científica de la obra de Karl Marx. En aquel momento, la guerra fría colocaba en evidencia la experiencia de desarrollo de la URSS. En verdad, la Revolución rusa fue la primera tentativa de conducir racionalmente una experiencia de desarrollo económico por medio de la planificación estatal centralizada. El Estado soviético estableció el Primer Plan Quinquenal en 1929 y desde este año pasó a definir su crecimiento económico y social por intermedio de ese instrumento revolucionario que fuera adoptado en parte por la Revolución mexicana, después por el Estado Hindú, plenamente por la República Popular China y por las repúblicas populares de Europa Oriental. Los éxitos económicos de estos países imponían respuestas ideológicas como las de Rostow.

El pensamiento marxista no escapaba, sin embargo, de ese esquema general de raciocinio. Para Marx, la modernidad se identificaba con la revolución democrático-burguesa. Se trataba de una versión clasista e histórica de un modelo cuyas pretensiones universales derivaban de su origen de clase, el decir, la ideología burguesa. Los pensadores no críticos aceptaban su sociedad como la Sociedad, como una forma final e ideal de sociedad en general. Para Marx, esa formación social representaba solamente un estadio del desarrollo global de la humanidad. Al enfrentarse a las especificidades de la formación social rusa, Marx tuvo simpatía por la tesis populista de que Rusia tendría un camino propio —vía comunidades rurales o MIR ruso— para el socialismo sin pasar por el capitalismo. Sin embargo, ni él ni Engels pudieron elaborar en detalle esa idea general.

Con el surgimiento de la Revolución rusa, la cuestión se volvía extremadamente complicada. A partir de entonces se hacía necesario explicar cómo el socialismo surgiría como un nuevo régimen político y cómo un nuevo régimen económico, que contenía elementos importantes de un modo de producción nuevo, cabía en una sociedad que no había alcanzado todavía la madurez de la revolución burguesa ni de la modernización.

Los regímenes dirigidos por los partidos comunistas, implantados en la URSS y, desde la Segunda Guerra Mundial, en varias partes del mundo no desarrollado, tomarían como tarea realizar esa modernización que las burguesías colonizadas y dependientes (también llamadas burguesías compradoras en Asia y en

África), a veces casi inexistentes en esos países, no habían conseguido realizar. Esta modernización asumía una forma nueva al realizarse bajo el comando de la clase obrera y del partido que la representaba, según la ideología de los regímenes de "democracia popular", entonces en el poder. Pero en la mayoría de esos países no había una clase obrera capaz de conducir este proceso político, ni una industria moderna que pudiera sustentar una producción postcapitalista. Esos regímenes de transición al socialismo buscaban combinar una economía estatal y en parte socialista, con el mercado y otras formas de producción más arcaicas.

Difícil problemática que el pensamiento dialéctico intentaba resolver. Es necesario recordar, sin embargo, que la hegemonía del stalinismo había significado también una derrota de la dialéctica marxista de origen hegeliano. La versión stalinista del marxismo se aproximaba más al positivismo. La solución stalinista fue convertir el régimen soviético, tal como Stalin lo definía, en un modelo ideal a seguir por los nuevos regímenes revolucionarios. Los fundamentos de estos modelos eran: crecimiento económico sustentado en la industrialización de base y, sólo secundariamente, en la industria de bienes de consumo; partido único o coalición de partidos democrático-populares controlados por el Partido Comunista para conducir las transformaciones revolucionarias; reforma agraria y distribución de la renta que asegurase mayor igualdad social; cultura popular que valorizase el folklore, las manifestaciones del trabajo y la construcción del socialismo.

Para alcanzar tales democracias populares eran necesarias condiciones especiales cuya existencia no se reconocía en los países del llamado Tercer Mundo. Por eso se esperaba que, en la mayor parte de los países subdesarrollados y dependientes, se completase la revolución burguesa, de la cual deberían participar los partidos comunistas, para enseguida colocarse un objetivo socialista. Los casos de China, Corea, Vietnam y posteriormente el caso cubano rompieron este principio y provocaron una crisis en el pensamiento stalinista. La posibilidad de que la revolución democrático-burguesa se transformara en revolución socialista en esos países pasó a constituir un nuevo dato para la discusión en el campo marxista.

En 1958, Paul Baran demostró que la gestión socialista del excedente económico de las economías subdesarrolladas aseguraba no solamente una mejor distribución de renta, sino también un crecimiento económico más rápido y equilibrado. El modelo soviético, el modelo yugoslavo (que no aceptó varios aspectos del primero), el modelo chino, que partía de condiciones económicas nuevas y, posteriormente, el modelo cubano e inclusive el argelino, más allá de los cambios producto de la desestalinización de Europa Oriental, se convirtieron en objeto de estudio de una concepción socialista más plena y compleja y se constituyeron en nuevas propuestas de gestión socialista del desarrollo económico. Muchos grupos y sectas intentaron, sin embargo, transformar estas experiencias históricas en "modelos" supuestamente superiores de transición al socialismo.

A pesar de los esfuerzos de teorizar sobre los elementos comunes y específicos de estas experiencias, así como de lo que las distinguía del desarrollo capitalista, los estudios de esos casos contenían fuertes elementos normativos que pretendían presentar el socialismo como la "solución" de todos los "males" del capitalismo, aun en economías que todavía no habían alcanzado los elementos básicos de una economía industrial moderna. No se trata aquí de desarrollar todos los elementos de un debate por cierto importante, pero muy equivocado en su premisa básica, sobre lo que podría ser el socialismo como régimen de transición de un capitalismo subdesarrollado y dependiente hacia un nuevo modo de producción post capitalista. La dificultad del debate se veía agravada por el hecho de que tales regímenes se establecían en una economía mundial capitalista. La propia URSS no podía desarrollarse según su voluntad y estaba obligada a condicionar su desarrollo a las exigencias de la guerra fría impuesta por Estados Unidos.

La principal característica de toda la literatura que discutimos hasta ahora era, sin embargo, la visión del subdesarrollo como una ausencia de desarrollo. El "atraso" de los países subdesarrollados era explicado por los obstáculos que en ellos existía para su pleno desarrollo y modernización. Sin embargo, a inicios de la década de 1960 estas teorías pierden su relevancia y fuerza debido a la incapacidad del capitalismo de reproducir experiencias exitosas de desarrollo en sus ex colonias, que iniciaban su proceso de independencia a partir de la Segunda Guerra Mundial. Aun países que presentaban tasas de crecimiento económico bastante elevadas, como los latinoamericanos, cuya independencia política había sido alcanzada a principios del siglo XIX, estaban limitados por la profundidad de su dependencia económica y política de la economía internacional. Su crecimiento económico parecía destinado a acumular miseria, analfabetismo y una distribución de renta desastrosa. Era necesario buscar nuevos rumbos teóricos.

---

## LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA: UN BALANCE

La teoría de la dependencia, que surgió en América Latina en la década de 1960; intentaba explicar las nuevas características del desarrollo socioeconómico de la región, iniciado de hecho entre 1930 y 1945. Desde la década de 1930, las economías latinoamericanas, bajo el impacto de la crisis económica mundial iniciada en 1929, se habían orientado a la industrialización, caracterizada por la sustitución de productos industriales importados desde las potencias económicas centrales por una producción nacional. Enseguida, terminado el largo ciclo depresivo (caracterizado por dos guerras mundiales, una crisis global en 1929 y la exacerbación del proteccionismo y del nacionalismo), se restablecía después de la Segunda Guerra Mundial, a través de la hegemonía norteamericana, la integración de la economía mundial. El capital, concentrado entonces en Estados Unidos, se expandió para el resto del mundo, en busca de oportunidades de inversión orientadas hacia el sector industrial.

En estos años de crisis, la economía de Estados Unidos generalizó el fordismo como régimen de producción y circulación, al mismo tiempo que incrementó la revolución científico-tecnológica durante la década de 1940. La oportunidad de un nuevo ciclo expansivo de la economía exigía la extensión de esas características económicas en el ámbito planetario. Era ésta la tarea que el capital internacional asumía, teniendo como base de operación la enorme economía norteamericana y su poderoso Estado-nacional, además de un sistema de instituciones internacionales y multilaterales establecido en Bretton Woods.

Implantada elementalmente durante las décadas de 1930 y 1940, la industria, en los principales países dependientes y coloniales, sirvió de base para la nueva fase de desarrollo económico de post guerra y se terminó articulando con el movimiento de expansión de capital internacional, cuyo núcleo eran las empresas multinacionales creadas de 1940 a 1960. Esa nueva realidad replicaba la noción de que el subdesarrollo significaba falta de desarrollo. Se abrió camino para comprender el desarrollo y el subdesarrollo como resultado histórico del desarrollo del capitalismo, como un sistema mundial que producía al mismo tiempo desarrollo y subdesarrollo.

Si la teoría del desarrollo y del subdesarrollo era el resultado de la superación del dominio colonial y del surgimiento de burguesías locales deseosas de encontrar su camino de participación en la expansión del capitalismo mundial, la teoría de la dependencia, surgida durante la segunda mitad de la década de 1960, representó un esfuerzo crítico para comprender las limitaciones de un desarrollo iniciado en un periodo histórico en que la economía mundial estaba ya constituida bajo la hegemonía de enormes grupos económicos y poderosas fuerzas imperialistas, aun cuando una parte de ellas estaba en crisis y había oportunidad para el proceso de descolonización.

Los economistas suecos Magnus Blomström y Bjorn Hettne se convirtieron en competentes historiadores de la teoría de la dependencia. Su libro más completo sobre el tema (Blomström y Hettne, 1990, p. 15) afirma que hay un "conflicto de paradigmas" entre el paradigma modernizante y el enfoque de la dependencia. Ellos identifican dos antecedentes inmediatos para el enfoque de la dependencia:

- a) Creación de tradición crítica al eurocentrismo implícito en la teoría del desarrollo. Se deben incluir en este caso, las críticas nacionalistas al imperialismo euronorteamericano y la crítica a la economía neoclásica de Raúl Prebisch y de la CEPAL.
- b) El debate latinoamericano sobre el subdesarrollo, que tiene como primer antecedente el debate entre el marxismo clásico y el neomarxismo, en el cual se resaltan las figuras de Paul Baran y Paul Sweezy.

Ellos resumen en cuatro puntos las ideas centrales que los varios componentes de la escuela de la dependencia defienden:

- a) El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados;
- b) el desarrollo y subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal;
- c) el subdesarrollo no puede ser considerado como primera condición para un proceso evolucionista;
- d) la dependencia no es sólo un fenómeno externo, sino que se manifiesta también bajo diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política).

De ahí que Blomström y Hettne puedan distinguir tres o cuatro corrientes en la escuela de la dependencia:

- a) La crítica o autocrítica estructuralista de los científicos sociales ligados a la CEPAL, que descubren los límites de un proyecto de desarrollo nacional autónomo. En este grupo se colocan

incuestionablemente Oswaldo Sunkel y una gran parte de los trabajos maduros de Celso Furtado e inclusive la obra final de Raúl Prebisch reunida en su libro *El Capitalismo Periférico*. Fernando Henrique Cardoso aparece a veces como miembro de esta corriente y otras veces se identifica con la siguiente (tesis que los miembros de esta corriente claramente rechazan y con justa razón).

- b) La corriente neomarxista que se basa fundamentalmente en los trabajos de Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra, así como los demás investigadores del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO). André Gunder Frank aparece a veces como miembro del mismo grupo, pero su clara posición de negar su vínculo teórico estrecho con el marxismo y su proposición de un esquema de expropiación internacional más o menos estático lo separan del enfoque dialéctico de los otros neomarxistas.
- c) Cardoso y Faletto se colocarían en una corriente marxista más ortodoxa por su aceptación del papel positivo del desarrollo capitalista y de la imposibilidad o inutilidad del socialismo para alcanzar el desarrollo.
- d) En este caso, Frank representaría la cristalización de la teoría de la dependencia fuera de las tradiciones marxistas ortodoxas o neomarxistas.

A pesar del brillantismo y del esfuerzo de fidelidad expresado en su esquema histórico, Blomström y Hettne pueden ser replicados en lo que respecta a su presentación del debate entre el pensamiento ortodoxo marxista y la corriente que ellos llaman de neomarxistas. En realidad esta última corriente tiene muchos matices que ellos no parecen reconocer. Sin embargo, esa discusión nos llevaría demasiado lejos para los límites de ese trabajo. Podríamos decir que ésta es, entre varias propuestas, la que más se aproxima a una descripción correcta de las principales tendencias teóricas que conforman la teoría de la dependencia.

Insatisfecho con esta propuesta, André Gunder Frank (1991) realizó un análisis de las corrientes de la teoría de la dependencia contenido en cinco libros publicados entre 1989 y 1990. Frank constató una enorme dispersión en la clasificación de los "dependentistas" entre las varias escuelas de pensamiento según estos libros. La lista que él tuvo el cuidado de establecer sirve como un intento de presentación, de una manera más neutral, de los principales pensadores relacionados de acuerdo con sus orígenes teóricos. Dentro de los estructuralistas encontramos a Prebisch, Furtado, Sunkel, Paz, Pinto, Tavares, Jaguaribe, Ferrer, Cardoso y Faletto. En lo que respecta a la teoría de la dependencia, además de Cardoso y Faletto, que aparecen relacionados con ambas escuelas, los demás pensadores mencionados son Baran, Frank, Marini, Dos Santos, Quijano, Bambirra, Hinkelammert, Braun, Emmanuel, Amin y Warren. Frank diferencia aún, en el debate sobre la teoría de la dependencia, entre los reformistas no marxistas, los marxistas y los neomarxistas.

El siguiente cuadro, elaborado por Gunder Frank (1991), presenta a los autores más citados en el debate sobre la teoría de la dependencia, de acuerdo con los cinco libros publicados sobre el asunto entre 1989 y 1990: Hettne, *Development Theory and the Three Worlds* (1990); Hunt, *Economic Theories of Development* (1989); Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment* (1989); Larrain, *Theories of Development* (1989); Lehman, *Democracy and Development in Latin America* (1990). Estos autores habían distinguido, además de las teorías de la modernización y del estructuralismo, cuatro corrientes de la teoría de la dependencia: los reformistas (Refor), los no marxistas (No-Mx), los marxistas (Mx) y los neomarxistas (NeoMx):

CUADRO 1  
Escuela de la teoría del desarrollo en América Latina

Autores	Modernización	Estructuralismo	Dependencia			
			Refor	No-Mx	Mx	NeoMx
Prebisch	Lar	Kay Lar Het				
Furtado		kay Lar Hnt Het				
Sunkel + Paz		Kay Lar Hnt Het	Kay			
Pinto		Kay	Kay			
Tavares						
Jagauribe		Kay	kay			
Ferrer		Kay	kay			
Cardoso + Faletto		Kay Hnt	Kay	Lar		
Baran				Lar		Het
Frank				Lar	Kay	Het
Marini				Lar	Kay	Het

Dos Santos	Lar	Kay	Het
Bambirra		Kay	Het
Quijano		Kay	
Hinkelammert	Lar		
Braun Kay			
Emmanuel	Lar		Hnt
Amin	Lar		Hnt
Warren			Hny

Podemos comprender mejor el sentido de estas opciones teóricas cuando revisamos el reordenamiento de la temática de las ciencias sociales latinoamericanas provocada por la teoría de la dependencia. Este reordenamiento reflejaba no sólo nuevas preocupaciones que emergían para el análisis social y económico, sino también nuevas opciones metodológicas inspiradas en los orígenes teóricos de los investigadores.

En su conjunto, el debate científico latinoamericano revela su integración en una fuerte perspectiva transdisciplinaria. No fue por casualidad que América Latina (que ya revelaba al mundo un autor marxista tan original como Mariátegui, en la década de 1920) produjo durante las décadas de 1930, 1940 y 1950 pensadores tan originales como Gilberto Freire (que practicaba una sociología de fuerte contenido antropológico, ecológico, psicoanalítico e histórico que encantó a gran parte del pensamiento europeo); Josué de Castro (que unía una excelente formación en las ciencias de la vida, la medicina, la ecología y la geografía humana con un enfoque económico, sociológico y antropológico extremadamente moderno —inspirador de gran parte del debate mundial no sólo sobre el hambre y su geopolítica, sino también sobre el subdesarrollo como fenómeno planetario, y de la relación entre ecología y desarrollo—); Caio Prado Junior (cuyo marxismo —a veces estrecho metodológicamente— no le impidió desarrollar una obra histórica de gran profundidad sobre las raíces de la sociedad colonial y sobre el carácter de la revolución brasileña); Guerreiro Ramos (cuyas raíces existencialistas permitían que pensase de manera pionera sobre el nacimiento del movimiento negro contemporáneo, además de iluminar el contenido civilizatorio de la lucha del Tercer Mundo); Raúl Prebisch (cuya visión económica trascendía el economicismo tradicional y revelaba fuertes implicaciones sociales y políticas —iluminada por los brillantes *insights* del sociólogo hispano-latinoamericano Medina Echavarría—); Sergio Bagú (que descubre el carácter capitalista del proyecto colonial ibérico a través de una metodología de análisis marxista modernizada por los recientes avances de las ciencias históricas y sociales); Florestan Fernandes (cuyo esfuerzo metodológico de integrar el funcionalismo de origen durkheimniano, el tipo ideal weberiano y la dialéctica materialista marxista tal vez no haya tenido los resultados esperados, pero impulsó un proyecto filosófico metodológico que se desdoblará en la evolución del pensamiento latinoamericano como contribución específica a las ciencias sociales contemporáneas); o Gino Germani (que logró sistematizar el enfoque metodológico de las ciencias sociales norteamericanas con su liberalismo exacerbado en la creación de un modelo de análisis del desarrollo como proceso de modernización).

La acumulación de éstas y otras propuestas metodológicas en la región reflejaba la creciente densidad del pensamiento social, que superaba la simple aplicación de reflexiones, metodologías o propuestas científicas importadas de los países centrales para abrir un campo teórico propio, con metodología propia, identidad temática y camino para una praxis más realista.

La teoría de la dependencia intentó ser una síntesis de este movimiento intelectual e histórico. La crítica de Bagú, Vitale y Caio Prado Junior al concepto de feudalismo aplicado a América Latina fue uno de los puntos iniciales de las batallas conceptuales que indicaban las profundas implicaciones teóricas del debate que se avecinaba. André Gunder Frank recogió esa problemática para darle una dimensión regional e internacional. La definición del carácter de las economías coloniales como feudales servía de base a las propuestas políticas que señalaban la necesidad de una revolución burguesa en la región. Inspirado en la Revolución cubana que se declaró socialista en 1962, Frank abrió fuego contra los intentos de limitar la revolución latinoamericana al contexto de la revolución burguesa. Radical en sus enfoques, él va a declarar el carácter capitalista de América Latina desde sus orígenes. Producto de la expansión del capitalismo comercial europeo durante el siglo XVI, América Latina surgió para atender las demandas de Europa, insertándose así en el mundo del mercado mundial capitalista.

No es éste el lugar para revisar con detalle el extenso debate que siguió a esos ataques y a la propuesta de Frank de analizar el mundo colonial como un sistema de apropiación de excedentes económicos generados en los más recónditos lugares del mundo. Yo mismo censuré el carácter estático del modelo de Frank y su desprecio por las relaciones de producción asalariadas como fundamento más importante del capitalismo industrial, única forma de producción que puede asegurar una reproducción capitalista, a partir

de la cual ese sistema se transforma en un modo de producción nuevo y radicalmente revolucionario (véase Dos Santos, 1972b).

Era, sin embargo, evidente que Frank estaba en lo cierto en la esencia de su crítica. América Latina surgió como una economía mercantil, volcada hacia el comercio mundial y no puede ser, de forma alguna, identificada como un modo de producción feudal. Las relaciones serviles y esclavistas desarrolladas en la región fueron parte, pues, de un proyecto colonial y de la acción de fuerzas sociales y económicas comandadas por el capital mercantil financiero en pleno proceso de acumulación —que Marx considera primaria o primitiva esencial para explicar el origen del moderno modo de producción capitalista. Estas formas sociales de transición son de difícil caracterización. Ya lanzamos, en la época de ese debate, la tesis de que hay una semejanza entre las formaciones sociales de transición al socialismo y las formaciones socioeconómicas que servirían de transición al capitalismo.

No se podía esperar que la revolución democrático-burguesa fuese el factor movilizador de la región. Pero los errores de Frank abrían también un flanco muy serio. Estos hacían subestimar los obstáculos representados por la hegemonía del latifundio exportador y por la sobrevivencia de relaciones serviles o semiserviles a la formación de una sociedad civil capaz de conducir una lucha revolucionaria. No se debe olvidar el avance de las relaciones asalariadas en la agroindustria azucarera cubana y la importancia de sus clases medias y de su proletariado urbano, cuya huelga general contribuyó ampliamente a la victoria de diciembre de 1958, para explicar el radicalismo y los éxitos de la Revolución cubana (véase Vania Bambirra, 1974).

El debate sobre el feudalismo se desdobló inmediatamente en el debate sobre la burguesía nacional. Se trataba de saber hasta qué punto el socialismo de la región había creado una burguesía nacional capaz de proponer una revolución nacional democrática. Una vez más, Frank polarizó la discusión con su negación rotunda del carácter nacional de las burguesías latinoamericanas. Formadas en los intereses del comercio internacional, éstas se identificaban con los intereses del capital imperialista y abdicaban completamente de cualquier aspiración nacional y democrática. Varios estudios mostraban los límites del empresariado de la región: poco conocimiento de la realidad política del país, poca presencia junto al sistema de poder, poco conocimiento técnico y económico, falta de una postura innovadora y de una voluntad de oponerse a los intereses del capital internacional que pudiesen perjudicar al empresariado nacional.

Otros sociólogos nos lanzamos contra esas concepciones simplistas. Durante la década de 1930, figuras como Roberto Simonsen, Euvaldo Lodi y varios otros mostraban una amplia consecuencia política y económica del empresariado nacional. Sus entidades de clase, como la Federación Nacional de Industria, formulaban un proyecto de desarrollo con alto contenido nacionalista y apoyaban el proyecto de Estado nacional democrático dirigido por Getulio Vargas.

Sin embargo, yo buscaba mostrar los límites estructurales de este proyecto frente a una expansión de las empresas multinacionales para el sector industrial. Estas tenían ventajas tecnológicas definitivas y sólo podrían ser detenidas en su expansión por Estados nacionales muy fuertes que necesitaban un amplio apoyo de la población obrera y de la clase media, sobre todo de los estudiantes, que aspiraban al desarrollo económico como única posibilidad de incorporarlos al mercado de trabajo.

No se trataba, pues, de una cuestión de ausencia de conocimiento, disposición de lucha o determinación. Había serios límites de clase en el proyecto nacional democrático que llegó a ser desarrollado intelectualmente a través del Instituto Brasileño de Economía, Sociología y Política (IBESP) y posteriormente por el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), en la década de 1950, que tenía una base material en la Federación Nacional de Industrias y en varios órganos de la administración pública que apoyaron el segundo gobierno de Vargas, cuando este proyecto alcanzó su auge. Tales fuerzas se mostraron, sin embargo, vacilantes cuando pudieron valorar la fuerza y la profundidad de la oposición de los centros de poder mundial a este proyecto. La avasalladora campaña por el *impeachment* de Vargas fue detenida por su suicidio, y su cartatamento provocó una arrasadora movilización popular que hizo retroceder a la derecha y llevó a una fórmula de compromiso con el gobierno de Juscelino Kubitschek: Brasil abrió sus puertas al capital internacional, garantizando, sin embargo, sus pretensiones estratégicas al exigir un alto grado de integración de su parque industrial, que debería expandirse hasta el montaje de una industria de base.

El enorme crecimiento industrial logrado de 1955 a 1960 profundizó las contradicciones socioeconómicas e ideológicas en el país. El caso brasileño era el más avanzado en el continente y no aseguró un camino pacífico. La burguesía brasileña descubrió que el camino de la profundización de la industria exigía la reforma agraria y otros cambios dirigidos a la creación de un amplio mercado interno y la generación de una base intelectual, científica y técnica capaz de sustentar un proyecto alternativo. Tales cambios tenían el precio de aceptar una amplia agitación política e ideológica en el país, que amenazaba su poder.



El golpe de Estado de 1964 cerró las puertas al avance nacional democrático y colocó al país en el camino del desarrollo dependiente, apoyado en el capital internacional y en un ajuste estratégico con el sistema de poder mundial. "Lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para Brasil" —la fórmula del general Juracy Magalhães, ministro de Relaciones Exteriores del régimen militar, consolidaba esa posición. Por más que los años posteriores hayan demostrado el conflicto entre los intereses norteamericanos y los del desarrollo nacional brasileño, ya no fue posible romper la sociedad sellada con hierro y fuego en el asalto al poder de 1964.

No era posible, por lo tanto, despreciar la lucha interna generada por el avance de la industrialización en la década de 1930, y la constatación de la capitulación final de la burguesía nacional no anulaba totalmente su esfuerzo anterior. Capas de la tecnocracia civil y militar, sectores de trabajadores y de la propia burguesía nunca abandonaron totalmente el proyecto nacional democrático. Pero éste perdió su carácter hegemónico, a pesar de algunos momentos de irrupción en el poder central durante la dictadura. En esos años de transición a la democracia, en la década de 1980, este proyecto reapareció en el movimiento por las "Elecciones Directas Ya", volvió a influenciar las elecciones locales y marcó política e ideológicamente la constituyente de 1988, hasta la formación del llamado "Gran Centro" durante su fase final que logró detener solamente en parte el contenido progresista de la Constitución de 1988. Sin embargo, la reorganización de los sectores hegemónicos de la clase dominante les permitió la recuperación del control en 1989, con la victoria electoral de Fernando Collor. La reacción conservadora encontró un camino todavía más sólido con la alianza de centro-derecha que venció en las elecciones de 1994, con Fernando Henrique Cardoso en la presidencia.

Fernando Henrique Cardoso fue uno de los que demostró, en 1960, la debilidad de la burguesía nacional y su disposición a convertirse en socia menor del capital internacional. Fue también uno de los que observó el límite histórico del proyecto nacional democrático y del populismo que lo conducía.

Desde 1974, como señaláramos en nuestro artículo sobre la evolución política e intelectual (véase Dos Santos, 1994), Cardoso aceptó la irreversibilidad del desarrollo dependiente y la posibilidad de compatibilizarlo con la democracia representativa. A partir de ahí, según Cardoso, la tarea democrática se convertía en un objetivo central contra un Estado autoritario, apoyado sobre todo en una "burguesía de Estado" que sustentaba el carácter corporativo y autoritario del mismo. Según él, los enemigos de la democracia no serían, por lo tanto, el capital internacional y su política monopolista, captadora y expropiadora de los recursos generados en nuestros países. Los verdaderos enemigos serían el corporativismo y una burguesía burocrática conservadora que, entre otras cosas, limitó la capacidad de negociación internacional del país dentro de un nuevo nivel de dependencia generado por el avance tecnológico y por la nueva división internacional del trabajo que se esbozó en la década de 1970, como resultado de la reubicación de la industria mundial.

Estas tesis ganaron fuerza internacional y crearon el ambiente ideológico de la alianza de centro-derecha que se vino a configurar durante la década de 1980 en México, Argentina, Perú, Venezuela, Bolivia y Brasil. Una importante ala de la izquierda populista o liberal se adhirió al programa de ajuste económico impuesto por el consenso de Washington en 1989, y aseguró la estabilidad monetaria y el precarísimo equilibrio macroeconómico de él derivado.

En compensación por esta adhesión, estos gobiernos se garantizaban un largo periodo en el poder por medio del apoyo internacional. América Latina entró así en un nuevo nivel de relación que disfrutó sobre todo bajo la forma de vastos movimientos de capital financiero y su proyección en la prensa internacional, caracterizados por:

- monedas fuertes (principio quebrado en México a finales de 1994);
- estabilidad monetaria preservada en una coyuntura mundial deflacionaria que liquidó todas las inflaciones de dos dígitos en el mundo entero;
- estabilidad fiscal obtenida a través de la privatización de las empresas públicas y el recorte de gastos estatales, pero amenazada por el aumento de la emisión de bonos de deuda pública, pagados con intereses cada vez más altos que terminaron por generar déficits públicos aun superiores a los existentes a inicios de la década de 1990.

Gobiernos reelegidos sucesivamente a través de la reanudación del estatuto de las reelecciones, que retorna el mecanismo político utilizado por las autocracias ilustradas de fines del siglo XIX, todas con fuerte apoyo internacional, y que las llevó finalmente, a colocarse en vías de una integración de las Américas bajo el comando norteamericano, o sea, el ALCA (véase Dos Santos, 1996).

Ese camino de sumisión estratégica creciente, seguido por las burguesías latinoamericanas, parece confirmar las previsiones más radicales sobre su carácter "entreguista" y "comprador". La crisis de la deuda

externa en la década de 1980, la crisis socioeconómica que significó la política de "ajuste estructural" para permitir el pago de la deuda externa parecen confirmar el carácter dependiente de nuestras economías. Pero la resistencia de las tecnocracias continentales a esas situaciones fue mucho mayor de lo que se esperaba. De repente ocurrió un realineamiento en el sub continente. Surgieron resistencias al proyecto neoliberal entre los militares, la Iglesia, sectores de la burocracia estatal y, sobre todo, técnicos, ingenieros y científicos. Todos ellos ligados a la existencia de un Estado nacional fuerte y de un desarrollo económico de base nacional significativa. Los trabajadores industriales y de servicio se colocaron, sin embargo, en el centro de la resistencia. Todos estos sectores tienen un papel ínfimo en el proyecto neoliberal, y algunos de ellos se tornaron inútiles.

Las dificultades de eliminar totalmente esas resistencias mantuvieron el proyecto neoliberal en el marco de un régimen liberal democrático y parecen dar razón a la tesis de que el desarrollo dependiente es compatible con los regímenes políticos liberales democráticos.

Mientras tanto, es necesario resaltar que hubo situaciones de excepción, como el caso de Perú, donde Fujimori implantó un régimen de excepción que fue tolerado por las nascentes democracias de la región. En Chile, la oposición regresó a la vida política y al gobierno a través de un difícil compromiso con la preservación de instituciones dictatoriales, entre ellas la senaduría vitalicia de Pinochet.

Hubo también tentativas de rebelión en el seno de las fuerzas armadas argentinas y venezolanas, entre 1990 y 1993, cuyas implicaciones todavía están en curso particularmente con el gobierno de Hugo Chávez. Hubo, además, el surgimiento de nuevos movimientos guerrilleros, entre los cuales se destaca esta nueva forma de política insurreccional que es el Ejército Zapatista, en México. Es importante también considerar la sobrevivencia y el fortalecimiento reciente de las fuerzas insurreccionales en Colombia, donde la crisis del Estado se hace cada vez más aguda. Nadie puede asegurar que la actual onda democrática liberal resistirá indefinidamente a esa combinación de políticas económicas recesivas, apertura externa, especulación financiera, desempleo y exclusión social creciente. Aun cuando, en este contexto, un importante sector de la población pueda mejorar sus padrones de consumo, eso difícilmente sustituirá el desgarramiento del tejido social, de la identidad cultural y de las expectativas de trabajo y de competitividad productiva de gran parte de la población (véase nuestro libro sobre este tema: Dos Santos, 1991).

Esa evolución de los acontecimientos parece confirmar otra temática puesta en evidencia por la teoría de la dependencia: la tendencia creciente a la exclusión social, como resultado del aumento de la concentración económica y de la desigualdad social. "Dependiente, concentrador y excluyente", éstas eran las características básicas del desarrollo dependiente asociado al capital internacional, destacadas por la teoría. Estas características se exacerbaban durante la década de 1980, bajo el impacto de la globalización comandada por el capital financiero internacional para el pago de la deuda externa y la nueva fase de monedas fuertes y privatizaciones de la década de 1990, en el marco del consenso de Washington.

La evolución de la revolución científico-técnica parece confirmar los análisis de fines de la década de 1960. Como mostrábamos en aquella época, precediendo en por lo menos una década a la literatura sobre la "reconversión industrial", ésta favoreció al crecimiento de la exportación industrial en los países dependientes de desarrollo medio, mientras los países centrales se especializaban en la tecnología de punta; generadora de nuevos sectores de servicio volcados hacia el conocimiento, la información, el ocio y la cultura.

Sin embargo, como previmos, la expansión industrial de América Latina no trajo como consecuencia su pasaje hacia el campo de los países industriales desarrollados. Al contrario, ha aumentado su distancia en relación con los países centrales colocados en la punta de la revolución post industrial, mientras las industrias obsoletas y contaminantes se concentran en los países de desarrollo medio. Lo más grave, con todo, comenzó a ocurrir en la década de 1980, pues conforme anticipamos, la creciente adopción de la automatización disminuyó drásticamente el empleo industrial. Cada vez más alejados de los centros de producción científica, tecnológica y cultural, los países en vías de desarrollo se insertan en la trampa del crecimiento económico sin empleo, y sin ver, por otro lado, expandirse las oportunidades de ocupación en educación, salud, cultura, ocio y otras actividades típicas de la revolución científico-técnica.

La devaluación de las capas medias de profesionales resultante de esta falta de inversión en investigación y desarrollo sólo es compensada, parcialmente, por la emigración de gran parte de ellos hacia los países centrales. Se profundiza así la captación de recursos humanos, *braindrain* de la década de 1960, ahora atrayendo cerebros de los países de desarrollo medio, cuya estructura de educación superior se tornó inútil frente a la baja demanda de servicios resultante de un desarrollo dependiente, subordinado, concentrador y excluyente. Los cuadros formados por sus universidades, sin medios para la investigación, y sin contacto con las verdaderas fuentes de demanda de investigación y desarrollo, van a ser reclutados en los países centrales (véase Dos Santos, 1993, 1995, etcétera).

Al lado de estas tendencias prosigue la penetración del capitalismo en las zonas rurales, expulsando cada vez más a la población hacia los "centros urbanos. La urbanización se transforma de manera creciente en metropolización y "favelización", es decir, marginalidad y exclusión social que asumen muchas veces el carácter de un corte étnico, lo que explica la fuerza de las reivindicaciones étnicas en los centros urbanos de la región. De hecho, el renacimiento de la cuestión indígena y de los movimientos negros bajo nuevas formas, cada vez más radicales, es una expresión de esa situación.

El abandono del esfuerzo científico y tecnológico regional llevó también al abandono del sector de bienes de capital, en el que se concentra la llave del proceso de revolución científico-técnica y la posibilidad de un desarrollo autosostenido. La complejidad de la industria de base y su modernización a través de la robotización comienza a retirarla hasta de países como Brasil, donde alcanzó un alto nivel de desarrollo.

El Estado nacional se ve oprimido por estos cambios: con el pago de los intereses de la deuda externa en la década de 1980, se crea una inmensa deuda interna, con altísimos intereses y alta rotación. En la década de 1990, cuando la tasa de interés internacional cae, los países dependientes se ven estimulados y hasta forzados a emprender políticas económicas de valorización de sus monedas nacionales. Estas políticas los llevan a generar importantes déficits como es, los cuales procuran cubrir atrayendo capital especulativo de corto plazo, pagándoles altos intereses internamente.

Es así que, al escaparnos de los intereses internacionales altos (hoy extremadamente bajos), caímos en la trampa de intereses internos altos. El Estado se convierte en prisionero del capital financiero, ahogado por una deuda pública en crecimiento exponencial, cuyo servicio no deja ya ningún espacio para la inversión estatal, y también cada vez menos para las políticas sociales y aun para el mantenimiento del modesto funcionalismo público de la región.

El contenido de clase del Estado, se hace, pues, más evidente todavía. Se pone completamente al servicio del gran capital financiero, subordinando cada vez más a los otros sectores de la burguesía. Se ve obligado a abandonar el clientelismo y el patrimonialismo de las antiguas oligarquías, por lo cual el Estado atendía a sus familias y a una vasta población de clase media. Suprime la apertura llevada a cabo por el populismo a los dirigentes sindicales y otras entidades corporativas. No hay dinero para nadie más: el hambre del capital financiero es insaciable.

Las políticas de bienestar volcadas hacia los sectores de baja renta y hacia la previsión social también se ven definitivamente amenazadas. La onda neoliberal estimula medidas que giran alrededor de una recuperación del dinamismo del mercado, que no funcionó en ninguna parte del mundo. Los gobiernos de Reagan y Thatcher no abandonan el gasto público, a pesar de liderar el movimiento neoliberal. Por el contrario, Reagan aumentó más de cinco veces el déficit público norteamericano, creando una enorme deuda pública que sirvió de punto de partida al movimiento financiero de la década de 1980. Los alemanes y japoneses fueron los principales beneficiarios de esa política: aumentaron su superávit comercial con Estados Unidos e invirtieron sus utilidades en títulos de deuda pública a altas tasas de interés. Al mismo tiempo, convirtieron sus monedas en poderosos instrumentos de política económica (véase nuestro artículo de 1992).

Lo que más sorprendió a los teóricos no dependentistas fue el crecimiento de los países del Sudeste Asiático. Muchos autores presentaron la consolidación del crecimiento de esos países como evidencia del fracaso de la teoría de la dependencia. Son varios los estudios sobre esos procesos, unánimes en reivindicar las especificidades de la situación regional. Las economías de esa región no contrajeron una gran deuda externa en la década de 1970, como los países latinoamericanos y los de Europa del Este. Éstas pasaron por reformas agrarias radicales en las décadas de 1940 y 1950, para lo cual tuvieron especial apoyo norteamericano en razón de su proximidad con los enemigos de la guerra fría. Contaron con la acumulación de capitales japoneses y la política del MITI de exportar las tecnologías de industrias en proceso de obsolescencia para los países vecinos y tuvieron condiciones especiales de penetración en el mercado norteamericano por las razones geopolíticas ya mencionadas. Pero, sobre todo, esas economías practicaron una fuerte intervención estatal y proteccionismo que les permitió sustentar sus políticas económicas y desarrollar, al mismo tiempo, una base tecnológica propia, aunque modesta.

Nada de eso impidió, sin embargo, que sufrieran con rigor la crisis financiera internacional cuando la valorización del yen, en 1992, comenzó a limitar sus exportaciones para el mercado norteamericano. El yen fuerte permitió a Japón sustituir en parte al mercado norteamericano, mientras que China ocupaba el espacio de exportador para Estados Unidos, cuidados por Japón, los "tigres" y los "gatos" asiáticos. Japón volvió al mercado americano y las demás economías exportadoras asiáticas se vieron en la necesidad de devaluar sus monedas para recuperar espacio en el mismo mercado. Bajo el ataque de los especuladores, la crisis se volvió más dramática y mostró los Límites de esas economías.

Esa evolución muestra que la agenda colocada a la orden del día por la teoría de la dependencia continúa siendo de gran actualidad, a pesar de los cambios fundamentales ocurridos en el periodo. Esos

cambios siguieron, sin embargo, las tendencias señaladas a fines de la década de 1960. Con nuestros estudios sobre la nueva dependencia, el surgimiento del subimperialismo y el papel de marginalización y exclusión social, nos anticipamos claramente a la evolución de los acontecimientos.

Pero lo que resalta, sobre todo, es la cuestión metodológica. Más que nunca, la problemática del subdesarrollo y desarrollo necesita ser analizada dentro del proceso de evolución del sistema económico mundial. En éste persiste la división entre un centro económico, tecnológico y cultural, una periferia subordinada y dependiente, y formas de semiperiferia que ganaron gran dinamismo durante la fase depresiva del ciclo de Kondratiev (1967-1993). Todo indica que se retomó el crecimiento a partir de 1994 y nuevos alineamientos deben producirse con la entrada de la economía mundial a un nuevo ciclo largo de Kondratiev (véase Dos Santos, 1991, 1992, 1993, 1994, 1995, 1998).

La caída del socialismo estatizante de fuerte influencia stalinista, el socialismo en una sola gran región del mundo provocó una ola de euforia neoliberal que perjudicó muy gravemente la evolución de esos países. Todo indica, sin embargo, que la población de esos países deberá rectificar esa aventura altamente costosa en vidas humanas y en bienestar social.

Las contradicciones entre Estados Unidos, Europa y Japón encontraron el canal del Grupo de los Siete para encaminarlas. Rusia (liberada de sus aliados o "satélites" europeos y de la periferia de la antigua Unión Soviética) fue precariamente integrada a este grupo. Pero China, en pleno crecimiento, la India y Brasil, entre otras dieciocho potencias medias, no encontrarán todavía su lugar en el sistema mundial post guerra fría. La no resolución de esta cuestión crucial tendrá un alto costo para la paz mundial.

La separación del mundo en bloques regionales parece ser la forma intermediaria que el proceso de globalización viene asumiendo para resistir al libre movimiento de capitales financieros o de las empresas transnacionales o globales. Esto se encuentra también en las previsiones de la teoría de la dependencia, inclusive la importancia de las integraciones regionales en América Latina como el camino más sólido para la integración regional de todo el continente. Los propios Estados Unidos se ven obligados a buscar un camino de mayor aproximación hemisférica. El Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) muestra las dificultades de esa integración de estructuras tan asimétricas y tan desiguales. La propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) encuentra resistencia en todos lados. La integración bien sucedida del Mercado Común del Sur (Mercosur) reafirma el principio de que es más fácil integrar mercados de niveles semejantes, particularmente de significativo desarrollo industrial. Sin embargo, la Asociación de las Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) muestra la posibilidad de una complementariedad entre un país central que ocupa la función de un polo de acumulación como Japón y otros periféricos, en que el primero organice su mercado como consumidor de los productos de los mercados próximos, con transferencia de tecnología para garantizar la calidad de sus abastecedores. Estados Unidos estaría dispuesto a generar una política de buena vecindad que integrase las Américas bajo su égida. Si no lo hacen a mediano plazo, tal vez ya encuentre un Brasil consolidado como líder de un desarrollo regional en América del Sur.

Como vemos, los cambios teóricos y metodológicos iniciados en la década de 1960, como cristalización de un amplio esfuerzo teórico y político anterior, tiene un alcance mucho mayor de lo que se pensaba. Éstos indicaron la necesidad de repensar la cuestión del desarrollo dentro de un contexto teórico mucho más amplio, que colocaba en cuestión el paradigma dominante en las ciencias sociales. Es necesario, pues, que discutamos el impacto internacional de los estudios sobre la dependencia para comprender sus posibilidades y sus límites teóricos.

---

## EL DEBATE SOBRE LA DEPENDENCIA

Para comprender la evolución de la teoría de la dependencia, es necesario tomar en consideración su enorme difusión y, enseguida, los más diversos ataques que sufrió en las décadas de 1970 y 1980. Pasamos a presentar un examen de la literatura sobre el asunto, distinguiendo dos décadas.

En la década de 1970 una extensa literatura sobre la teoría de la dependencia dio inicio al debate sobre el tema, a partir de una perspectiva universal. El artículo de Suzzane Bodenheimer, "Dependency and Imperialism" (*Politics and Society*, núm. 5, mayo de 1970), fue tal vez la primera tentativa de presentar una teoría de la dependencia como una nueva escuela de pensamiento que proponía un paradigma científico alternativo al *mainstream* del pensamiento social occidental. En febrero de 1973, *The Journal of Interamerican Studies* dedicó una edición especial a la teoría de la dependencia, de contenido esencialmente crítico, el cual asumía claramente un punto de vista conservador. Los diversos autores levantaban la cuestión de que la noción de dependencia era una disculpa para explicar el fracaso económico de los países subdesarrollados. Este mismo año, Norman Girvan (1973) buscaba aplicar el concepto de dependencia a la realidad caribeña, ejerciendo una particular influencia sobre el gobierno de Manley, en Jamaica. En verdad este trabajo será un punto de partida de la escuela caribeña de lengua inglesa de la dependencia (véase Blomström y Hettne, 1984,1990, pp. 128-155).

En África, la teoría de la dependencia encontró una elaboración teórica en curso sobre el desarrollo y se produjo una fusión bastante provechosa. Samir Amin (1974) convocó una reunión en Dakar, en 1970, para producir un encuentro entre el pensamiento social latinoamericano y africano. Cuatro años más tarde, Abelatif Benachenou convocará a la realización de un Congreso de Economistas del Tercer Mundo en Argel, que dará origen a una Asociación de Economistas del Tercer Mundo. Anteriormente, en Dar es Salaam se reunieron científicos sociales de todo el mundo que intentaban un camino teórico alternativo, muy influenciado por el estructuralismo y por la teoría de la dependencia. Surge de este esfuerzo el libro de Tamas Szentes (1971) sobre el desarrollo económico, que se convirtió en un clásico en la región. Entre los estudios africanos surgen los trabajos de Wallerstein y Giovanni Arrighi, que tanto impacto tendrán posteriormente, con su sede en el Fernand Braudel Center, en Binghampton.

En Asia, particularmente en la India, ya había una larga tradición de crítica antiimperialista y de formulación de caminos propios de desarrollo. Pero esas propuestas, a pesar de estar más abiertamente apoyadas en la planificación estatal, no dejaban de partir de la disyuntiva entre tradicional y moderno, atraso y desarrollo, a pesar de reconocer los aspectos económicos, social y culturalmente positivos de la cultura india. Gandhi, sobre todo, había apoyado la movilización de masas antiimperialista en el reconocimiento de valores de su cultura, entre los cuales no estaba solamente la no violencia, sino también la producción autónoma y artesanal de la comunidad hindú. Por esta razón, ciertos sectores del pensamiento nacional democrático indio recibieron mal una visión de subdesarrollo que la ligaba a la formulación del capitalismo moderno como una economía mundial. Blomström y Hettne (1984-1990) insisten en la poca influencia de la teoría de la dependencia sobre el pensamiento indio.

Sin embargo, muchos autores hindúes no solamente integraron la noción de dependencia a sus dimensiones teóricas o presentaciones didácticas, sino también asumieron la teoría de la dependencia como instrumental analítico (véase Baghshi, 1972; y Todaro, M. P, 1977). En relación con el conjunto de Asia, se puede ver este impacto en el libro organizado por Ngo Man Lan (1984). Ahí aparece la profunda influencia de los estudios sobre la dependencia en las regiones más típicamente subdesarrolladas, como Filipinas, Tailandia y el Sudeste Asiático en general, donde se gestaba la experiencia de los tigres asiáticos.

En América Latina, el programa de la Unidad Popular de Salvador Allende y algunas tendencias del gobierno revolucionario peruano incorporaban elementos claves de la teoría de la dependencia. La teoría de la liberación que surgía en el Perú con Gustavo Gutiérrez tomó la teoría de la dependencia como su referencia fundamental. Otros autores, como Enrique Dussel, asumieron claramente esta perspectiva analítica, integrándola a su interpretación teórica del marxismo y del cristianismo. Luigi Bordin procuró demostrar las profundas relaciones entre la teología de la liberación en Brasil y en América Latina y la contribución teórica del ala marxista de la teoría de la dependencia.

En Cuba, la revista *Pensamiento Crítico* abrió sus páginas al nuevo pensamiento latinoamericano y persistió como una influencia teórica fundamental hasta la derrota del Che Guevara en el debate entablado entre él y Rafael Rodríguez sobre el papel de las motivaciones materiales y de las motivaciones morales en la planificación socialista. El fracaso de la gran cosecha de los 10 millones de toneladas y otros errores de la dirección revolucionaria llevaron a la adhesión del PC cubano a las tesis del "marxismo-leninismo" ortodoxo soviético, con sus manuales de materialismo histórico y dialéctico, sus interpretaciones del imperialismo, de

la Revolución rusa, de las revoluciones de liberación nacional que se restringían al paso de sociedades feudales o precapitalistas al capitalismo moderno y a la democracia liberal.

Las teorías de la modernización que buscábamos superar se cristalizaban bajo la forma de un marxismo de inspiración positivista, en el cual predominaba un evolucionismo mecanicista. Cuba volvía a ser un país exportador de caña de azúcar e importador de manufacturados, sólo que ahora en el campo socialista. El socialismo permitía, sin embargo, un uso de los excedentes de esa exportación en la implantación del más avanzado proyecto educativo, de salud y de control popular sobre el Estado. Sin embargo, aun con las deformaciones burocráticas impuestas por los rusos, no se consiguió quebrar la espina dorsal de la Revolución cubana. Esta llama revolucionaria permitió a Cuba enfrentar y superar las consecuencias de la caída del socialismo real en Europa Oriental y la URSS.

Vania Bambirra protagonizó una amplia polémica con la ortodoxia cubana, tanto guevarista como comunista. En el seminario realizado en el Centro de Estudios Socioeconómicos, en Santiago de Chile, ella cuestionó las interpretaciones comunes de la Revolución cubana y reivindicó el papel de las luchas democráticas, de las masas urbanas, de la movilización histórica por la huelga general y hasta una buena parte de la militancia del Partido Comunista de Cuba en el éxito de la revolución. Esas tesis fueron publicadas en su libro *La Revolución cubana: una reinterpretación*, que fue leído por sectores de la dirección política cubana pero no fue divulgada en el país por sus concepciones no ortodoxas. En él se aplicaba la teoría de la dependencia para mostrar no solamente las verdaderas causas del proceso revolucionario cubano, sino también sus dificultades. En Cuba, Francisco López Segrera utilizaba la teoría de la dependencia para interpretar el conjunto de la historia cubana (López Segrera, 1972).

La teoría de la dependencia ganaba así una avasalladora influencia en la región latinoamericana y del Caribe; en Estados Unidos, África y Asia profundizaba su campo de influencia a través de la teología de la liberación. En Europa, la misma teoría encontraba eco en la izquierda revolucionaria, en la izquierda del socialismo y la social-democracia. Investigaciones de gran valor, como las realizadas por el Starnberg Institut, en Alemania, sobre la nueva división internacional del trabajo, influyeron en los teóricos españoles, alemanes, franceses e ingleses. Entró también en los países nórdicos al influir en las investigaciones para la paz.

En 1977, Helena Tuomi hacía un levantamiento de los modelos de dependencia en la investigación occidental sobre desarrollo (véase Tuomi, 1977). Ella encontró, en aquel año, cinco proyectos de investigación que intentaban definir las variables independientes y dependientes capaces de explicar las relaciones de dependencia. Estas investigaciones procuraban medir, en periodos de tiempo más o menos largos, estas variables buscando definir modelos de explicación de subdesarrollo y probarlos empíricamente.

Pero era en América Latina que los estudios sobre la dependencia avanzaban por todas partes. A mediados de la década de 1970 comienza, sin embargo, un movimiento de crítica a la teoría de la dependencia. En el Congreso Latinoamericano de Sociología de 1975, en Costa Rica, esa discusión tomó gran parte del evento. Los resultados de este debate fueron publicados en el libro *Debates sobre la Teoría de la Dependencia y la Sociología Latinoamericana* (EDUCA, San José, 1979), bajo la supervisión editorial de Daniel Camacho.

Heraldo Muñoz publicó uno de los mejores resúmenes sobre la teoría de la dependencia en sus artículos: "El Análisis de la Teoría de la Dependencia en los Centros: Ejemplo de EE.UU." (en *Estudios Internacionales*, vol. 12; núm. 45, enero-marzo, pp. 68-76), y "Cambio y Continuidad en el Debate sobre la Dependencia y el Imperialismo" (en *Estudios Internacionales*, vol. 11, núm. 44, octubre-diciembre, 1978, pp. 88-138). En 1982 editó *From Dependency to Development-Strategies to overcome Underdevelopment and Inequality* (Editorial Westview Press, Boulder, Colorado). Ver también Gustavo Rodríguez O., "De la CEPAL a la teoría de la dependencia: Un esquema descriptivo", IESE, Cochabamba, 1979, y el capítulo sobre el marxismo latinoamericano escrito por Juan Portantiero para la colección *History of Marxism*, dirigida por Eric J. Hobsbawm.

La gran ola de críticas a la teoría de la dependencia se amplió sobre todo en la segunda mitad de la década de 1970 y comienzos de la década de 1980, proveniente en parte de autores latinoamericanos. Agustín Cueva, en *Problemas y Perspectivas de la Teoría de la Dependencia* (CELA/ UNAM), dio inicio a una nueva crítica de la dependencia, acusando a sus autores de sobreestimar factores externos en relación con factores internos y de que abandonaron el análisis de las clases sociales. Después de eso, publicó el libro *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina* (Siglo XXI Editores, México, 1978) en el cual dio continuidad a esas críticas. Posteriormente, aceptó el hecho de que estaba engañado en sus críticas y pasó a destacar las conquistas del ala marxista de la teoría de la dependencia frente a los ataques que ésta recibiría del pensamiento conservador latinoamericano y europeo. Octavio Rodríguez publicó su "Informe sobre las Críticas de la Concepción de la CEPAL" (Secretaría de la Presidencia, México, 1974), en el que defendía a

Prebisch y a la CEPAL de las críticas de la teoría de la dependencia. Enrique Semo (*La Crisis Actual del Capitalismo*, Cultura Popular, México, 1975) presentó una crítica basada en la interdependencia como una tendencia en la economía internacional. El trabajo de Vania Bambirra titulado *Teoría de la Dependencia: una Anticrítica* (Era, México, 1978) responde a gran parte de esas críticas. Ella muestra sobre todo los errores de interpretación que éstas contenían, atribuyendo a los teóricos de la dependencia posiciones que nunca defendieron, como la idea de una tendencia al estancamiento económico, una sobrevaloración de los factores externos a los internos, entre otras.

Existe también un grupo de críticos de la teoría de la dependencia que se autodenomina "marxistas ortodoxos" o simplemente "marxistas". Ellos creen que la teoría de la dependencia coloca las determinaciones externas como fundamentales y relega a un segundo plano la lucha de clases al interior de cada país. Condenan también cualquier visión crítica del desarrollo del capitalismo, que, según ellos, no presenta diferencias entre los países dominantes y los dependientes. Esta tendencia endogenista cree que el imperialismo representa un progreso al desarrollar las fuerzas productivas en nivel internacional. Ellos no comprenden cómo el imperialismo bloquea el desarrollo de las fuerzas productivas de las naciones colonizadas, mutila su poder de crecimiento económico, de desarrollo educativo, de salud y otros. No consiguen entender el fenómeno de la sobre explotación y la transferencia internacional de excedentes generados en el Tercer Mundo y enviado a los países centrales.

De hecho, ocurrirá una convergencia entre las críticas de Fernando Henrique Cardoso y sus colegas que iniciaron la teoría de la dependencia y las críticas de los llamados "marxistas" (véase el capítulo sobre el tema en este libro, mi artículo sobre las polémicas con Cardoso). Éstos, sin embargo, llevan su "ortodoxia" muy lejos, defendiendo la necesidad de analizar los modos de producción al interior de cada economía. Son llamados autonomistas y endogenistas y fueron analizados por Marini (1995) con rigor y precisión. Una lectura seria de Marx jamás autorizaría ese tipo de interpretaciones del marxismo. Él siempre llamó la atención para el carácter internacional del modo de producción capitalista y consideró el comercio internacional como condición necesaria de la acumulación primitiva capitalista. Marx jamás autorizaría una concepción clasista que colocase en oposición el análisis de las economías nacionales y el estudio de su articulación con la economía mundial. Siempre entendió la formación del capitalismo como la dialéctica entre la economía mundial, como fenómeno independiente, y el conjunto de economías nacionales en competencia, apoyándose en sus Estados nacionales.

Las implicaciones de la teoría de la dependencia están todavía por desarrollarse. Su evolución en dirección a una teoría del sistema mundial, buscando reinterpretar la formación y el desarrollo del capitalismo moderno dentro de esa perspectiva, es un paso adelante en este sentido, como veremos en los próximos capítulos.